

**TIEMPO ORDINARIO****11º durante el año****17 de junio****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO:****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA****LECTURA:****Mc 4, 26-34***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS:**

Pocas palabras pueden provocar mayor rechazo en nuestra cultura del rendimiento, la productividad y la eficacia que esta pequeña parábola en la que Jesús compara el Reino de Dios con ese misterioso crecimiento de la semilla, que se produce sin la intervención del sembrador.

Esta parábola, tan olvidada hoy, resalta el contraste entre la espera paciente del sembrador y el crecimiento irresistible de la semilla. Mientras el sembrador duerme, la semilla va germinando y creciendo ella sola, sin la intervención del agricultor y sin que él sepa como.

Acostumbrados a valorar casi exclusivamente la eficacia y el rendimiento, hemos olvidado que el evangelio habla de fecundidad no de esfuerzo, pues Jesús entiende que la ley fundamental del crecimiento humano no es el trabajo sino la acogida de la vida que vamos recibiendo de Dios.

La sociedad actual nos empuja con tal fuerza hacia el trabajo, la actividad y el rendimiento que ya no percibimos hasta que punto nos empobrecemos cuando todo se reduce a trabajar y ser eficaces.

De hecho, la lógica de la eficacia está llevando al hombre contemporáneo a una existencia tensa y agobiada, a un deterioro creciente de sus relaciones con el mundo y las personas, a un vaciamiento interior y a ese síndrome de inmanencia donde Dios desaparece poco a poco del horizonte de las personas.

La vida no es solo trabajo y productividad, sino regalo de Dios que hemos de acoger y disfrutar con corazón agradecido. Para ser humana, la persona necesita aprender a estar en la vida no solo desde la actitud productiva sino también contemplativa. La vida adquiere una dimensión nueva y más profunda cuando acertamos a vivir la experiencia del amor gratuito, creativo y dinamizador de Dios.

Necesitamos aprender a vivir más atentos a todo lo que hay de regalo en la existencia; despertar en nuestro interior el agradecimiento y la alabanza; liberarnos de la pesada lógica de la eficacia y abrir en nuestra vida espacio para lo gratuito.

Hemos de agradecer a tantas personas que alegran nuestra vida y no pasar de largo por tantos paisajes hechos solo para ser contemplados. Saborea la vida como gracia en la que se deja querer, el que se deja sorprender por lo bueno de cada día, el que se deja agradecer y bendecir por Dios.

Casi todo nos invita a vivir bajo el signo de la actividad, la programación y el rendimiento. Pocas diferencias ha habido en esto entre el capitalismo y el socialismo. A la hora de valorar a la persona, siempre se termina por medirla por su capacidad de producción.

Se puede decir que la sociedad moderna ha llegado a la convicción práctica de que para darle a la vida su verdadero sentido y su contenido más pleno, lo único importante es sacarle el máximo rendimiento por medio del esfuerzo y la actividad.

Por eso se nos hace tan extraña y embarazosa esa pequeña parábola, recogida por el evangelista Marcos en la que Jesús compara el Reino de Dios con una semilla que crece por sí sola, sin que el labrador le proporcione la fuerza para germinar y crecer. Sin duda es importante el trabajo de siembra que realiza el labrador, pero en la semilla ya algo que no ha puesto él: una fuerza vital que no se debe a su esfuerzo.

Experimentar la vida como regalo es probablemente una de las cosas que nos puede hacer vivir a los hombres y mujeres de hoy de manera nueva, mas atentos no solo a lo que conseguimos con nuestro trabajo, sino también a lo que vamos recibiendo de manera gratuita.

Aunque tal vez o lo percibimos así, nuestra mayor desgracia es vivir solo de nuestro esfuerzo, sin dejarnos agradecer y bendecir por Dios y sin disfrutar de lo que se nos va regalando constantemente. Pasar por la vida sin dejarnos sorprender por la novedad de cada día.

Todos necesitamos hoy aprender a vivir de manera mas abierta y acogedora, en actitud mas contemplativa y agradecida. Alguien nos ha dicho que hay problemas que no se resuelven a base de esfuerzos sino que se disuelven cuando sabemos acoger la gracia de Dios en nosotros. Se nos olvida que, en definitiva, todo es gracia, porque todo absolutamente todo, está sostenido y penetrado por el Misterio de ese Dios que es gracia, perdón y acogida para todas sus criaturas. Así nos lo revela Jesús.

No siempre somos conscientes de los profundos cambios que se están produciendo en la conciencia del hombre contemporáneo. Según diversos observadores, estamos pasando poco a poco de una sociedad de creencias en la que los individuos actuaban movidos por alguna fe que les proporcionaba sentido, criterios y normas de vida a una sociedad de opiniones, en la que cada uno tiene su propio parecer sobre la vida, sin necesidad de fundamentarlo en ninguna tradición ni sistema religioso.

Las religiones van perdiendo la autoridad que han tenido durante siglos. Se ponen en cuestión los sistemas de valores que orientaban el comportamiento de las personas. Poco a poco se van abandonando las antiguas razones de vivir. Estamos viviendo una situación inédita: los antiguos puntos de referencia no parecen servir de mucho y los nuevos no están todavía dibujados.

No es fácil medir las consecuencias de todo esto. Olvidadas las grandes tradiciones religiosas, cada individuo se ve obligado a buscar por su cuenta razones para vivir y dar sentido a su breve paso por éste mundo. La pregunta es inevitable: en qué se cree cuando se deja de creer? ¿desde dónde orienta su vida quien abandona las antiguas razones e vivir?

El resultado no parece muy halagüeño. Hay sin duda personas que aciertan a orientar su vida de manera noble y digna. La mayoría, sin embargo, se va deslizado hacia la indiferencia, el escepticismo y la vida mediocre. La crisis actual está llevando a no pocos hacia el desinterés, el olvido o el abandono de una fe que un día tuvo un significado en sus vidas. No interesan ya las grandes cuestiones, menos aún los ideales un poco nobles. Basta con vivir bien.

Jesús habla de una siembra misteriosa de la Palabra de Dios en el corazón humano. Puede parecer que hay personas en cuyo interior nadie puede sembrar hoy semilla alguna: las gentes no escuchan mas a los predicadores; las nuevas generaciones no creen en las tradiciones. Sin embargo, Dios sigue sembrando en las conciencias inquietud, esperanzas y deseos de una vida mas digna.

Lo hace no tanto desde los predicadores, maestros y teólogos, sino sobre todo desde los testigos que viven su fe en Dios de manera atractiva y hasta envidiable.

Vivimos ahogados por las malas noticias. Emisoras de radio y televisión, noticieros y reportajes descargan sobre nosotros una avalancha de noticias de odio, guerras, hambres y violencias, escándalos grandes y pequeños. Los vendedores de sensacionalismo no parece encontrar otra cosa mas notable en nuestro planeta.

La increíble velocidad con que se difunden las noticias nos dejan aturridos y desconcertados. ¿Qué puede hacer uno ante tanto sufrimiento? Cada vez estamos mejor informados del mal que asola a la humanidad entera, y cada cada vez nos sentimos mas impotentes para afrontarlo.

La ciencia nos ha querido convencer de que los problemas se pueden resolver con mas poder tecnológico y nos ha lanzado a todos a una gigantesca organización y racionalización de la vida. Pero este poder organizado no está ya en manos de las personas sino de las estructuras. Se ha convertido en un poder invisible que se sitúa mas allá del alcance del individuo. Entonces la tentación de inhibirnos es grande. ¿Qué puedo hacer yo para mejorar esta sociedad? ¿No son los dirigentes políticos y religiosos quienes han de promover los cambios que se necesitan para avanzar hacia una convivencia mas digna, mas humana y dichosa?

No es así. Hay en el evangelio una llamada dirigida a todos y que consiste en sembrar pequeñas semillas de una nueva humanidad. Jesús no habla de cosas grandes. El Reino de Dios es algo muy humilde y modesto en sus orígenes. Algo que puede pasar tan inadvertido como la semilla mas pequeña, pero que está llamado a crecer y fructificar de manera insospechada.

Quizás necesitamos aprender de nuevo a valorar las cosas pequeñas y los pequeños gestos. No nos sentimos llamados a ser héroes ni mártires cada día pero a todos se nos invita a vivir poniendo un poco de dignidad en cada

rincón de nuestro pequeño mundo. Un gesto amigable al que vive desconcertado, una sonrisa acogedora a quien está solo, una señal de cercanía a quien comienza a desesperar un rayo de pequeña alegría en un corazón agobiado...no son cosas grandes. Son pequeñas semillas del Reino que todos podemos sembrar en una sociedad complicada y triste que ha olvidado el encanto de las cosas sencillas y buenas.

Llama la atención con qué fuerzas destacan los estudios recientes el carácter individualista e insolidario del hombre contemporáneo. Según diferentes análisis, el hombre se va haciendo cada vez más narcisista. Vive pendiente de sus intereses y olvidado casi por completo de los vínculos que lo unen a los demás hombres.

Se habla del individualismo posesivo que lo impregna casi todo. Cada uno busca su bienestar, seguridad o placer. Lo que no le afecta le tiene sin cuidado. Ej. El soltero libre de obligaciones y dependencias representa cada vez más el ideal de libertad y autonomía del hombre moderno.

Detrás de todos los datos y sondeos parece apuntar una realidad aterradora. El ser humano está perdiendo capacidad de sentir y expresar amor. No acierta a sentir solicitud, cuidado y responsabilidad por otros seres humanos que no caigan dentro de sus intereses. Vive ensimismado en sus cosas, en una actitud narcisista que ya se consideró como un estado inferior en el desarrollo de las personas.

Sin embargo, dentro de esta sociedad individualista hay un colectivo admirable que nos recuerda también hoy la grandeza que se encierra en el ser humano. Son los voluntarios. Esos hombres y mujeres que saben acercarse a los que sufren, movidos solamente por su voluntad de servir. En medio de nuestro mundo competitivo y pragmático, ellos son portadores de una cultura de la gratuidad.

No trabajan por ganar dinero. Su vocación es hacer el bien gratuitamente. Los pondrán acompañando a jóvenes adictos, cuidando a ancianos solos, atendiendo a vagabundos, escuchando a gente desesperanzada, protegiendo a niños semi abandonados o trabajando en diferentes servicios sociales.

No son seres vulgares, pues su trabajo está movido solo por el amor. Por eso no cualquier puede ser un verdadero voluntario. Tolstoi, se puede talar árboles, fabricar ladrillos y forjar hierros sin amor. Pero es preciso tratar con amor a los seres humanos.... Si no sientes afecto por los hombres, ocúpate en lo que sea pero no de ellos.

Al final no se nos ha de juzgar por nuestras bellas teorías, sino por el amor concreto a los necesitados. Vengan benditos de mi Padre... porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber. Allí está la verdad última de nuestra vida. Sembrando humanidad estamos abriendo el camino al reino de Dios.

### **ORACIÓN COMUNITARIA:**

Ahora realizamos, las suplicas, acciones de gracias o peticiones que podamos agregar.....

**ACTUAMOS:** PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitario